

Conferencia: “Capital humano y desarrollo en 200 años: el impulso educativo de la Revolución Nacional” de Carlos Gustavo Machicado Salas

Rodrigo Burgoa Terceros*

En el marco de las celebraciones del Bicentenario de Bolivia, el 2 de septiembre de 2025 se llevó a cabo la conferencia titulada “*Capital humano y desarrollo en 200 años: el impulso educativo de la Revolución Nacional*”, a cargo de Carlos Gustavo Machicado Salas, Director de la carrera de Economía de la Universidad Católica Boliviana “San Pablo”.

El evento constituyó un espacio académico de gran relevancia, pues puso sobre la mesa un tema muchas veces relegado en la historiografía nacional: la relación entre la Revolución Nacional de 1952, la reforma educativa de 1955 y la construcción de capital humano en Bolivia. Machicado expuso los resultados de una investigación realizada junto con Diego Vera Cossío, la cual fue publicada oficialmente por la Vicepresidencia, y que constituye un aporte metodológico y sustantivo para comprender cómo la expansión educativa de aquel período transformó la trayectoria de desarrollo del país.

La Revolución Nacional suele ser recordada por tres grandes reformas: el voto universal, la nacionalización de las minas y la reforma agraria. Estos cambios son sin duda trascendentales y han marcado la narrativa histórica y política de Bolivia en los últimos 70 años. Sin embargo, existe un cuarto componente que, aunque menos visible, fue igualmente decisivo: la reforma educativa, promulgada en 1955 mediante el Código de la Educación Boliviana. Esta reforma buscó universalizar el acceso a la escuela, incorporar a la población indígena en el sistema educativo y sentar las bases de un Estado más inclusivo. Pese a su importancia, la educación de 1955 ha quedado relegada en segundo plano, opacada por el dramatismo y la magnitud de las reformas políticas y

* PhD. en Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Mayor de San Andrés. Profesor en la Universidad Católica Boliviana “San Pablo”.
Contacto: rburgoa@ucb.edu.bo
ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-8595-9349>

económicas. En ese sentido, el trabajo presentado por Machicado y Vera viene a llenar ese vacío al demostrar, con evidencia empírica, que la ampliación de la educación no solo tuvo efectos sociales, sino también económicos de largo plazo, impactando en la acumulación de capital humano y en la productividad total de factores.

Para dimensionar la magnitud de este proceso, es necesario retroceder en el tiempo y analizar el estado de la educación en Bolivia antes de 1952. Durante la colonia, la enseñanza estaba restringida casi exclusivamente a las élites criollas y eclesiásticas, mientras que los pueblos originarios permanecían marginados, salvo por esfuerzos limitados de evangelización que buscaban más la catequesis que la formación académica. Con la independencia en 1825 se proclamó la necesidad de un sistema educativo nacional, pero en la práctica este se redujo a instituciones urbanas destinadas a las élites. Recién en el período liberal (1899-1919) se intentó establecer la obligatoriedad de la educación primaria, pero no existieron ni recursos ni voluntad política suficientes para expandirla efectivamente al área rural. El discurso de "educar al indígena" estuvo presente en la retórica liberal, pero se trataba de una visión paternalista y limitada, que no transformó de fondo las estructuras de exclusión. Por ese motivo, a inicios del siglo XX, el acceso a la escuela seguía siendo un privilegio de pocos, y la gran mayoría de la población indígena estaba excluida.

En ese contexto, la Revolución Nacional de 1952 supuso una ruptura radical en la vida política y social de Bolivia. El nuevo gobierno del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) asumió que la educación debía convertirse en un instrumento de integración nacional y de modernización. Tres años más tarde, en 1955, se concretó este objetivo con la promulgación del Código de la Educación Boliviana. Se trató de una reforma ambiciosa, que apostaba por una expansión masiva de escuelas primarias, con especial atención al área rural, y que buscaba incorporar al indígena como ciudadano pleno a través de la alfabetización y la formación básica. La apuesta tenía un componente político, pues el voto universal instaurado en 1952 requería un electorado con mínimos niveles de educación, pero también un componente económico, ya que el país necesitaba mano de obra más calificada para acompañar el proceso de industrialización incipiente.

El estudio de Machicado y Vera es particularmente valioso porque va más allá de la narrativa histórica y busca medir el impacto real de esta política. Para ello recurre a la metodología de diferencias en diferencias, ampliamente

utilizada en economía para evaluar efectos de políticas públicas. La lógica consiste en comparar la evolución de un grupo directamente beneficiado por la reforma con la de otro grupo que no lo fue en la misma medida, antes y después de la intervención. Así, se puede aislar el efecto causal de la política educativa controlando otros factores externos. Este tipo de análisis, que se apoya en técnicas econométricas robustas, permite superar las limitaciones de los enfoques meramente descriptivos o anecdóticos y otorga mayor solidez a las conclusiones.

La investigación se nutre de dos fuentes principales: registros administrativos sobre la creación de escuelas en el período posterior a 1955 y microdatos del Censo de Población y Vivienda de 1992. A partir de estos insumos, los autores reconstruyen la trayectoria de las cohortes afectadas por la reforma educativa y la comparan con las cohortes no beneficiadas de igual manera. Este ejercicio les permite demostrar que la expansión escolar tuvo efectos duraderos en las decisiones laborales de la población, en la migración campo-ciudad y en la acumulación de capital humano.

Uno de los hallazgos más relevantes es que la ampliación del acceso a la educación incentivó la migración rural hacia los centros urbanos. La escuela abrió nuevas oportunidades para los hijos de indígenas, quienes al adquirir competencias básicas pudieron acceder a empleos en la industria y en los servicios. Este proceso no solo transformó la vida de miles de familias, sino que también modificó la estructura del mercado laboral, incrementando la oferta de mano de obra en las ciudades y contribuyendo a la diversificación económica. La reforma educativa, por tanto, no fue únicamente una política social, sino también una política económica con consecuencias estructurales.

El fortalecimiento del capital humano es otro aspecto central. En términos sencillos, el capital humano se refiere al conjunto de conocimientos, habilidades y destrezas que poseen las personas y que incrementan su productividad. A partir de los hallazgos de la investigación, es posible afirmar que la educación adquirida en las décadas posteriores a 1955 permitió que generaciones enteras mejoraran sus ingresos y aportaran a la modernización de la economía. Este proceso generó retornos individuales, al mejorar las oportunidades de empleo, pero también retornos sociales, al incrementar la productividad general del país.

El resultado más impactante desde el punto de vista económico es el efecto positivo de la reforma en la productividad total de factores. Este indicador

mide la parte del crecimiento económico que no puede explicarse por el simple aumento en la cantidad de capital físico o trabajo, sino que se atribuye a mejoras en la eficiencia, la innovación, la organización y el conocimiento. Que la reforma educativa de 1955 haya incidido de manera significativa en la productividad total de factores demuestra que el crecimiento de Bolivia en aquella época no dependió exclusivamente de factores externos, como la bonanza de los precios de las materias primas, sino también de políticas internas que fortalecieron las capacidades de la población. Este hallazgo rompe con la visión determinista que atribuye el destino de Bolivia únicamente a la suerte de los mercados internacionales y demuestra que las decisiones de política interna pueden generar transformaciones profundas.

La conferencia de Machicado, más allá de la presentación técnica, también abrió un debate sobre la vigencia de estas lecciones para el presente. Entre los asistentes surgieron preocupaciones sobre la situación actual de la educación en Bolivia. Se señaló que, pese a los avances en cobertura, persisten graves deficiencias en la calidad educativa. Los niveles de aprendizaje en áreas clave como matemáticas, lectura y ciencias están por debajo del promedio regional, lo que limita el potencial de la población para insertarse en un mundo cada vez más competitivo y globalizado. Asimismo, se discutió sobre el rol de las escuelas normales y la formación de docentes, resaltando la necesidad de garantizar que quienes ingresan a la docencia lo hagan con verdadera vocación y cuenten con una preparación adecuada para enfrentar los desafíos pedagógicos actuales.

De igual manera, se subrayó que ya no basta con construir más escuelas o mejorar la infraestructura, como fue prioritario en los años cincuenta. Hoy el verdadero reto radica en elevar la calidad, actualizar los contenidos curriculares y adaptar la educación a las demandas de una sociedad diversa y tecnológicamente avanzada. En otras palabras, la simple expansión de la cobertura ya no es suficiente; es necesario asegurar que los estudiantes adquieran competencias relevantes para el siglo XXI, que incluyen no solo conocimientos académicos, sino también habilidades digitales, pensamiento crítico, capacidad de innovación y valores ciudadanos.

En este sentido, la experiencia histórica de la reforma educativa de 1955 ofrece una lección valiosa: las políticas educativas pueden tener un impacto decisivo en la estructura económica y social de un país. Si en aquel entonces la ampliación de la cobertura escolar permitió incorporar a los indígenas en la

vida nacional y fortalecer la productividad, hoy una nueva reforma podría sentar las bases de un desarrollo inclusivo y sostenible, adaptado a las exigencias de la globalización y la digitalización.

Adicionalmente, la conferencia permite conectar la historia boliviana con debates más amplios de América Latina. En la región, países como México, Chile o Brasil también llevaron a cabo reformas educativas en distintos momentos del siglo XX, con el objetivo de universalizar la educación primaria y fomentar la industrialización. La experiencia boliviana, aunque menos estudiada, se inserta en esa misma tendencia y demuestra que incluso en contextos de menor desarrollo relativo, la educación puede desempeñar un rol transformador.

Finalmente, la conferencia de Machicado constituyó no solo un ejercicio de memoria histórica, sino también una invitación a proyectar el futuro. En el marco de los 200 años de independencia, Bolivia enfrenta el desafío de repensar su modelo de desarrollo. Los precios de las materias primas siguen teniendo un peso considerable en la economía, pero la verdadera sostenibilidad pasa por fortalecer el capital humano. Invertir en educación de calidad es la vía más segura para construir un país más equitativo, innovador y resiliente frente a los cambios globales.

En conclusión, la conferencia "Capital humano y desarrollo en 200 años: el impulso educativo de la Revolución Nacional" fue un aporte significativo a la discusión académica y política del país. Al rescatar el papel de la reforma educativa de 1955, mostró que la Revolución Nacional no solo transformó las estructuras políticas y económicas más visibles, sino que también abrió un camino hacia la inclusión social y el progreso económico a través de la educación. Los resultados empíricos presentados demuestran que la educación puede ser un motor de crecimiento y que su impacto trasciende generaciones. En un contexto en el que Bolivia celebra su Bicentenario, esta reflexión adquiere una relevancia ineludible: el futuro del país dependerá en gran medida de su capacidad para invertir en el talento y las capacidades de su gente. La riqueza de Bolivia no radica únicamente en sus recursos naturales, sino en el capital humano que sepa formar y potenciar.

